

llaron envueltos, no solo en las dificultades politicas de la empresa, muy grandes por sí mismas, sino tambien en las relijiosas, suscitadas maliciosamente contra su causa, teniendo que defender a la vez la justicia de la independendencia, y vindicarla de

inta siguientes, leida y publicada en la santa iglesia catedral de esta ciudad, parroquias y conventos, y en la de Valladolid y pueblos fieles de aquella diocesis comarcanos con los de vuestra residencia, parezcais personalmente ante Nos en la sala de nuestra audiencia, a estar a derecho con dicho señor inquisidor fiscal, y os oiremos y guardaremos justicia: en otra manera, pasado el sobre dicho termino, oiremos al señor fiscal y procederemos en la causa sin mas citaros ni llamaros, y se entenderan las siguientes providencias con los estrados de ella hasta la sentencia definitiva, pronunciacion y ejecucion de ella inclusive, y os parará tanto perjuicio, como si en vuestra persona se notificasen. Y mandamos que esta nuestra carta se fije en todas las iglesias de nuestro distrito, y que ninguna persona la quite, rasgue ni chancelé, bajo la pena de excomunion mayor y de 500 pesos aplicados para gastos del Santo-Oficio, y de las demas que imponen el derecho canonico y bulas apostolicas contra los fautores de herejes: y declaramos incursos en el crimen de fautoria y en las sobredichas penas, a todas las personas, sin escepcion, que aprueben vuestra sedicion, reciban vuestras proclamas, mantengan vuestro trato y correspondencia epistolar, y os presten cualquiera genero de ayuda o favor, y a los que no denuncien y no obliguen a denunciar, a los que favorezcan vuestras ideas revolucionarias, y de cualesquiera modo las promuevan y propaguen, pues todas se dirijen a derrocar el trono y el altar, de lo que no deja duda la errada creencia de que estais denunciado, y la triste esperiencia de vuestros crueles procedimientos, muy iguales, así como le doctrina a los del perfido Lutero en Alemania. En testimonio de lo cual mandamos dar y dimos la presente, firmada de nuestros nombres, sellada con el sello del dicho Santo-Oficio, y refrendada de uno de los secretarios del secreto de él. Dada en la Inquisicion de Mejico y sala de nuestra audiencia, a 15 dias del mes de octubre de 1810.—Dr. D. Bernardo de Prado y Obejero.—Lic. D. Isidoro Sainz de Alfaro y Beaumont.—Por mandado del Santo-Oficio.—Dr. D. Lucio Calvo de la Cantera, secretario.

la nota de herejia contra un pueblo ignorante y supersticioso. El gobierno de Mejico no se contentó con estos medios de descredito, sino que echó mano de otro que se ha hecho despues demasiado comun en casos analogos, y este fué el de procurarse esposiciones de todas las corporaciones y autoridades, por las cuales le manifestasen su adesion y el disgusto con que veian el pronunciamiento hecho contra el; a la mas leve insinuacion vinieron de todas partes cuantas se querian, y en los terminos que se deseaban. Los Ayuntamientos, los gobernadores de provincias, los Indios, y hasta la cofradia o congregacion de clerigos de San Pedro, todos manifestaron el odio santo que los animaba contra Hidalgo. La universidad de Mejico tuvo a menos el que se le reputase doctor de su claustro, mandando cancelar todas las constancias de sus grados de bachiller, y el colejio de abogados declaró que no estaba recibido en su gremio: en una palabra, se dispuso del tiempo y de los sucesos pasados como de un mueble o propiedad que se halla sujeta a la voluntad de los hombres. ¡A tales puerilidades conduce el ciego espiritu de partido y la vil adulacion!

Las denuncias, los arrestos y todos los ataques a la libertad civil y seguridad individual empezaron tambien entonces, y se repitieron sin intermision en lo sucesivo, como se verá despues. Los Indios de Tlascalala fueron los primeros que denunciaron a

los comisionados de D. Juan Aldama, enviados a aquel punto para propagar la insurreccion, sorprendiendolos y mandandolos presos al virey con las instrucciones que llevaban ocultas en la cavidad de un baston. Venegas manifestó a los Tlascaltecas su gratitud por este hecho poco noble, y prometió perpetuar su memoria en una medalla alusiva a el, que jamas llegó a acuñarse. Pero nada hay que extrañar de un hombre que no tuvo rubor de poner a precio las cabezas de los primeros caudillos de la insurreccion, ofreciendo por bando de 28 de setiembre diez mil pesos al que los entregase vivos o muertos, y lo que es mas notable prometiendole honores y distinciones por premio de semejante traicion.

Mientras esto pasaba en Mejico y en las poblaciones sujetas al vireinato, Hidalgo deliberaba en Guanajuato con sus principales compañeros, sobre si marcharia a Queretaro, o lo haria hacia Valladolid, para tomar despues por aquel rumbo el camino de la capital. Los primeros dias se vaciló en el partido que se deberia elejir entre los indicados; mas cuando se supo que el virey habia cargado todas sus fuerzas sobre Queretaro, dejando casi desguarnecida la capital, cesaron todas las dudas y se resolvió tomar el camino de Valladolid, tanto mas cuanto que se tenian fundados motivos para creer que los rejimientos provinciales de caballeria de Pazuaro y de infanteria de Valladolid

tomarian partido por la insurreccion luego que se aproximasen los gefes de esta. Cuando las autoridades de Valladolid entendieron que se hallaban amenazadas proximamente, entraron en gran cuidado y se ocuparon de la defensa de la plaza; pero el primer inconveniente que pulsaron fué el de la falta de un gefe que la dirijiera, pues el coronel D. Diego Garcia Conde que caminaba para allá por orden del virey, en compañía del intendente de la provincia Merino y del conde de Rul, fueron sorprendidos y hechos prisioneros por una guerrilla que mandaba el coronel Luna. A falta pues, de mejores gefes el obispo y el cabildo eclesiastico se encargaron de la defensa, y ya se deja conocer cual seria esta puesta en semejantes manos.

Con los cuantiosos fondos de la Iglesia se alistó y equipó un cuerpo que se puso a las ordenes del canonigo Ledos: se trató de fundir cañones, destinandose al efecto las campanas de la catedral, y el obispo se encargó de dirijir estas operaciones: en una palabra, se hizo cuanto pudo sujerir el temor de una proxima invasion a gentes deseosas de defenderse y repelerla, y se cometieron todos los errores de hombres ineptos en la teoria e inespertos en la practica de la guerra. Pero el espiritu publico decaia visiblemente a proporcion que Hidalgo se aproximaba, de modo que cuando su vanguardia llegó a Acambaro, el obispo y los mas entusiasma-

dos defensores se dispersaron en todas direcciones, dirigiéndose el primero con algunos a Mejico, y abandonando todos a su suerte la plaza que se habian propuesto defender.

El 15 de octubre la vanguardia de Hidalgo mandada por el coronel Jimenez se aproximó a la ciudad, y el dia siguiente la ocupó sin resistencia. El 17 entró Hidalgo con todo el grueso de su ejército que se asegura llegaba a cuarenta mil hombres, y se componia en su mayor parte de pelotones, de las fuerzas regladas con que se ocupó a Guanajuato, y las que allí se le unieron del rejimiento provincial de este nombre. En Valladolid se hizo lo que en todas las otras poblaciones, se saqueó, arrestó y atropelló a los Españoles, se les tomó el dinero que no pudieron salvar, y se destrozó cuanto no se pudo o se quiso aprovechar. El cabildo eclesiastico se vió humillado hasta lo sumo por la necesidad de recojer las tablillas de la escomunion fulminada contra el gefe de los pronunciados, por los amagos de impedirle la entrada en la iglesia de los cuales fué preciso desistir, y por la ocupacion de mas de cuatrocientos mil pesos que existian en sus arcas y fueron destinados a los gastos de la guerra. Escandon, conde de Sierra-Gorda y dignidad de aquella iglesia, que habia quedado de gobernador de la mitra por el obispo ausente, no pudo escusarse de levantar a Hidalgo la escomunion impuesta por Queipo, con lo

cual acabaron de ponerse en ridiculo, y cayeron en el ultimo desprecio unas censuras, cuya validez o nulidad se hacia depender de la fuerza con que contaba el que las imponia, o aquel contra quien se fulminaban. El virey llevó muy a mal semejante absolucion, como si no hubiera hecho otro tanto puesto en el mismo caso, y Escandon, cuando Valladolid volvió a poder de los Españoles, tuvo mucho que sentir por las reconvenciones del gobierno y las invectivas de los peninsulares.

En la toma y ocupacion de Valladolid, Hidalgo hizo adquisiciones importantes, pues, como se habia previsto, se le reunieron los dos rejimientos provinciales de caballeria de Pazcuaro e infanteria de Valladolid, y ademas las fuerzas levantadas por el cabildo eclesiastico para la defensa de la ciudad, que consistian en ocho compañías bien armadas y disciplinadas medianamente.

Pero este hombre ni aun entonces se ocupó de dar algun orden a las masas que lo seguian, y retirar de ellas las que no pudiendo ser armadas, solo servian para fomentar desordenes y consumir caudales, comprometiendo a cada paso por los alborotos que de necesidad y frecuentemente causaban, como sucedió en Valladolid, cuyos vecinos se hallaron en el mayor riesgo por un tumulto suscitado entre los Indios. Estos miserables, acostumbrados por su pobreza a una vida frugal y a alimentos muy

sencillos, se cebaron en los dias de la ocupacion de Valladolid en todo genero de golosinas, escediendose notablemente en las bebidas embriagantes: tal glotoneria produjo en ellos enfermedades agudas de las cuales perecieron muchos en pocas horas, lo que dió lugar a que algunos concibiesen sospechas de que podrian estar envenenados los licores, y habiendose difundido estas se pasó a creerlas realidades y sedió la voz de *traicion* que se propagó rapidamente entre mas de treinta mil hombres. Esta voz habia sido funesta al vecindario de Guanajuato, y Allende, temiendo que en Valladolid tuviese los mismos resultados, salió a conterer a los que la daban, y para convencerlos de su error tomó un vaso del licor que se decia envenenado; pero sus esfuerzos eran vanos y el tumulto seguia, hasta que un artillero por si y sin orden de nadie dió fuego a un cañon cargado a metralla, el cual hizo terrible estrago en los amotinados y los dispersó en el momento.

Hidalgo se preparó para marchar a Mejico con el mismo desorden y desconcierto que lo habia hecho hasta entonces, fiandolo todo del numero de los que lo seguian, y cuidandose poco de lo demas. La tropa reglada no era a su juicio un elemento de la primera importancia y poco o nada se ocupaba de ella; aun el grado de aprecio que daba a cada una de las tres armas de que se compone un ejercito,

hace concebir una idea muy desventajosa de este gefe para desempeñar el titulo de generalisimo, que se le habia dado en las inmediaciones de Acambaro y a virtud del cual dirijia las operaciones militares. En la estimacion de Hidalgo era preferente la artilleria, y sus ventajas no las hacia consistir precisamente en la direccion de esta arma, sino en el numero, tamaño y calibre de los cañones que se disparaban a la ventura, creyendo que con esto habria bastante para destruir cuanto se le pusiese delante. Este error fué comunisimo por mucho tiempo entre los insurjentes que no se curaron de el, hasta que las repetidas y costosas esperiencias les hicieron conocer, que ni el tamaño ni el numero de los cañones eran los medios de obtener el triunfo. Antes de este desengaño habia un furor verdadero de tener y fundir cañones del calibre mayor posible. Despues de la artilleria lo que mas apreciaba Hidalgo y los primeros insurjentes era la caballeria, cuya fuerza tampoco se hacia consistir sino en el numero y calidad de los ginetes y caballos considerados individualmente. La infanteria, arma que constituye la principal fuerza de un ejercito, era la menos apreciada, de modo que todos se desdeñaban de pertenecer a ella. En una palabra, no se daba valor y estimacion ninguna a la combinacion de las fuerzas individuales, reunidas bajo una mano en pequeñas secciones, para despues concentrarlas en una di-

reccion general, que es lo que se llama tactica, sino que se fiaba todo del impetu y del numero, de lo que resultaba necesariamente que si el enemigo no era arrollado al primer choque, la destruccion del que atacaba era infalible, como sucedió despues repetidas veces.

Venegas, por cargar todas las fuerzas a Queretaro, habia dejado casi desguarnecida la capital, en lo cual no manifestó mucha pericia militar, e Hidalgo, sabedor de esto, trató de aprovechar la ocasion que le presentaba la falta de un ejercito o division de reserva bastante fuerte, que le cerrase el camino por el lado de Toluca enteramente desguarnecido y abierto, pues los pequeños destacamentos que se hallaban en escalones desde San Felipe del Obraje, ni reunidos ni mucho menos separados, podian constituir una fuerza capaz de contener el torrente que se precipitaba sobre ellos. Para que el ejercito insurgente lograra una sorpresa era necesario moverse con suma rapidez, pues el conde de la Cadena que se hallaba en Queretaro podia retroceder hacia Mejico, y como que la distancia era mas corta desde esta ciudad que desde Valladolid, frustrar el designio. Sin embargo la dificultad de mover aquellas masas que acompañaban a Hidalgo era demasiado grande para poder efectuar a tiempo la sorpresa proyectada; pero una verdadera resolucion todo lo vence y esta se tuvo en el caso, aunque para asegurar mas el golpe se

aguardó a que Flon saliese de Queretaro hacia el interior, para efectuar la reunion de sus fuerzas con las de Calleja que venia hacia el. En 21 de octubre efectuó este su salida de Queretaro, y luego que en Valladolid se supo tal movimiento, el ejercito de Hidalgo emprendió su marcha hacia la capital por Maravatio, Tepetongo e Istlauaca.

No tardó en saberse este movimiento en Mejico, y como fué tan rapido, las noticias se alcanzaban unas a otras y aumentaban la alarma del virey y de la capital. Inmediatamente se hizo salir hacia Toluca el rejimiento provincial de Tres-Villas, parte del veterano de caballeria de dragones de España, y otras partidas de tropa que se hallaban en Mejico, no quedando por entonces para guarnecer la ciudad sino el rejimiento urbano del comercio y el distinguido de patriotas recientemente levantado. Las fuerzas que se hicieron salir con las que posteriormente se les reunieron llegarían a dos mil y quinientos hombres, y se pusieron a las ordenes del teniente coronel D. Torquato Trujillo, que habia venido en la comitiva de Venegas, el cual luego que llegó a Toluca, mandó que se replegasen a este punto todos los destacamentos y piquetes avanzados hacia Istlauaca, por donde Hidalgo venia. Algunos de ellos desertaron tomando partido por la insurreccion, pero los mas obedecieron al llamamiento de Trujillo y volvieron a Toluca: entre estos ultimos se cuenta el que en San Felipe del

Obraje se hallaba a las ordenes del teniente Don Agustin de Iturbide que, segun el mismo asegura en su memoria, despreció dos propuestas que le hizo Hidalgo, la primera ofreciendole la faja de teniente general si tomaba partido por la insurreccion, y la segunda de un salvo conducto a su familia y a su padre que era español, por el cual quedaban libres sus bienes con sola la condicion de que se separase del servicio del gobierno español. Estas especies las hacen muy probables, así el valor conocido de Iturbide como el hallarse aseguradas por el doctor Labarrieta su enemigo personal.

El dia 27 determinó salir Trujillo por el rumbo de Istlaauaca, para hacer una descubierta; pero a las siete de la noche se encontró con la partida unica que habia quedado avanzada en el puente de Don Bernabé, la cual habia sido completamente derrotada y obligada a evacuar este punto importante. Este descalabro le hizo creer que no se hallaba seguro en Toluca y lo determinó a retirarse inmediatamente al punto de Lerma que por hallarse en medio de una laguna, con dos solas calzadas para su comunicacion con la tierra, es reputado justamente inespugnable, aunque con la desventaja de no ser camino unico para Mejico. El dia 28 entró Hidalgo en Toluca y sabida la posicion de Trujillo, se resolvió a dejarlo en ella y salir por el camino de Santiago

Tianguistengo al de las Cruces y arrojarse sobre Mejico. El comandante español procuró tambien cerrar este paso cortando el puente de Atengo, para lo cual destacó una partida que no pudo o no quiso hacerlo, por cuya falta quedaba la division española completamente flanqueada y muy espuesta a ser envuelta. Allende que fué quien dirigió todas las operaciones de esta campaña, dividió sus fuerzas en dos trozos, el principal lo hizo marchar por Atengo y otro menor a las ordenes de Arias, capitan que habia sido de Celaya, lo presentó sobre Lerma con el objeto de hacer una llamada falsa que distrajese a las fuerzas españolas; pero el comandante Trujillo sospechó o tuvo aviso de lo que pasaba, y dejando en Lerma al sarjento mayor Mendivil con una partida de Tres-Villas, despues de haber dado por punto general de reunion a todas sus secciones el de las Cruces, las hizo marchar hacia el por diferentes direcciones, y el mismo lo verificó sin perdida de momento. Su marcha fué tan rapida que logró prevenir a sus enemigos aunque con solo la diferencia de media hora, y esto le proporcionó tomar una posicion que dominaba completamente el camino de Mejico, aunque algo desventajosa, por ser ella misma dominada de otras alturas boscosas y cubiertas de maleza. En toda la tarde se reunieron a Trujillo las diversas partidas que componian su division, inclusa la de Mendivil que confió la defensa de Lerma a un pe-

queño destacamento a las ordenes del capitán Pino.

A las ocho de la mañana del día 30 empezaron las operaciones de Allende sobre los Españoles por simples escaramuzas que no servian sino de entretener el tiempo mientras se disponia por un lado el plan de ataque y por otro el de defensa. En estas circunstancias llegaron a Trujillo, que se hallaba sin artilleria, dos cañones de campaña que hasta entonces no se habia acordado el virey de enviarle, uno de los cuales fué inmediatamente colocado de modo que enfilase el camino, pero cubierto con ramas a fin de que sus tiros hiciesen mayor estrago en el enemigo que no contaba con ellos. La primera operacion de Allende fué hacer ocupar por un largo rodeo la parte del bosque que dominaba la posicion de Trujillo, con el objeto de cargarlo por la espalda cuando la accion se hallase empeñada por el frente. Cuando supo haberse ejecutado la orden que para esto se habia dado, que serian las once de la mañana, presentó su frente al enemigo formando una columna de ataque dispuesta de la manera siguiente: a su cabeza se hallaban cuatro cañones de campaña, e inmediatamente seguian en formacion cinco compañías del provincial de infanteria de Celaya, todo el rejimiento provincial de Valladolid y el batallon de Guanajuato que servia la artilleria: la retaguardia y los flancos los cubrian los dragones provinciales de Pazcuaro, Reina y Principe, algunas com-

pañias de lanceros y un numero muy considerable de paisanos de infanteria y caballeria armados con mucha desigualdad y distribuidos en pelotones muy poco ordenados y sin ninguna disciplina: todas estas fuerzas se pusieron a las ordenes inmediatas del intrepido Abasolo que dió en esta jornada pruebas decisivas del mas heroico valor.

Allende habia resuelto que las masas enormes de los Indios no tomasen parte en la accion y quedasen a retaguardia para operaciones muy secundarias en que tal vez podrian ser utiles sin riesgo suyo y sin esponer, por su ninguna disciplina, a las fuerzas regladas en las cuales podrian introducir el desorden y confusion. Pero ellos se dieron por ofendidos, e Hidalgo que no conocia toda la importancia de esta esclusion, insistió hasta desazonarse muy de veras con Allende, en que se les diese parte y señalase puesto para la batalla. Allende tuvo que ceder y se les puso a la cabeza de las secciones de caballeria que cubrian los flancos: tambien tuvo la advertencia de ocupar las alturas que estaban al frente de la posicion de los Españoles, no con el designio de batirlos desde ellas, pues se hallaban muy distantes, sino con el de evitar una sorpresa que lo envolviese por este lado. Como estas alturas y las que dominaban la posicion española se hallaban todas cubiertas de pinos que formaban un monte muy cerrado, se destinó a ellas el paisanaje armado del

ejercito insurgente que a campo raso ofrecia poca confianza, pero del cual se podia sacar, como en efecto se sacó, mucho partido en una posicion boscosa, en la cual los soldados enemigos tenian que medirselas cuerpo a cuerpo con hombres que en semejante lucha les eran muy superiores.

Trujillo, como se ha dicho, habia la noche anterior tomado posicion en una pequeña altura, de superficie poco estensa, que dominaba el camino, ella quedó constituida en centro de su division cuya fuerza distribuyó para la defensa de la manera siguiente: el mismo se quedó con el centro, y colocó sobre el camino con el objeto de dominarlo, uno de los cañones con que se hallaba; entre su espalda y flanco izquierdo situó al capitán Bringas con una partida de dragones y lanceros, previniendole se emboscara y al mismo tiempo estuviese a la mira de las avenidas del noroeste, por donde podia temer una sorpresa; cerraba el camino por la parte de Mejico una fuerte division a las ordenes del sarjento mayor D. José Mendivil, y un cañon enfilaba toda la calzada; por ultimo, a la derecha de Mendivil y sobre el flanco izquierdo de Allende, se situó otra partida de infanteria compuesta de tres compañías a las ordenes del teniente D. Agustin de Iturbide.

Allende se propuso, no tanto forzar el paso cuanto envolver la division de Trujillo, apoderandose,

por grandes rodeos, del camino de Mejico, que aunque quedaba a retaguardia de este, el numero considerable de sus fuerzas le proporcionaba ocuparlo sin debilitarlas. Al efecto mandó desfilarse por camino de vereda una fuerza de tres mil paisanos armados y montados que saliesen a situarse entre Cuajimalpa y el enemigo mientras se combatia en las Cruces.

Dadas estas disposiciones, a las once se rompieron los fuegos por ambas partes, empezando por la de Allende: al principio la accion se empeñó solamente en ambos frentes en la que los Indios, como se habia previsto y era de suponerse del desorden en que se presentaban llevaron la peor parte, pues murieron a centenares por los fuegos que se cruzaban de ambos lados: esto los llenó de pavor y muy pronto abandonaron el campo, mas no tan sin consecuencias que dejasen de causar algun desorden en la columna de ataque; pero esta se rehizo prontamente y se mantuvo sin perder terreno por todo el tiempo que duró la accion. Cerca de la una del dia las emboscadas de Trujillo casi simultaneamente se encontraron con los enemigos que descendian de las alturas, y entonces la accion se hizo general y se peleó por ambas partes con valor y decision poco comun, siendo la perdida casi igual por los dos lados aunque replegandose continuamente sobre su centro las tro-